



LA CORRUPCIÓN BIEN ENTENDIDA EMPIEZA POR UNO MISMO

-¿Alguien sabría decirme qué significa corrupción?
-Es dar dinero para conseguir una cosa... -responde Ana.
-Ya. Por ejemplo, comprar el periódico.
-No. Bueno..., es sobornar; lograr algo sin tener derecho.
-De acuerdo. Y ¿qué os parece?: ¿podríamos también llamar corruptos a los que se drogan?
-No. Eso es una enfermedad.
-¿Y a un bigamo? Desconcierto en el aula. -Me refiero al que tiene dos mujeres...

-A ese habría que darle una medalla - interviene Inés, que le gusta dar la nota.

-En serio -insisto-. ¿Consideraríais corruptos a los mentirosos crónicos, a los obsesos sexuales, a los glotonos...?

-Eso es asunto de cada uno -interviene Leticia-. No podemos entrar en la intimidad de nadie...

Por una vez, todas parecían opinar lo mismo: corromper o corromperse -en activa o en pasiva- equivale a robar. La corrupción, por lo visto, no afecta al ámbito de la vida privada.

Como casi siempre, las alumnas coinciden con la tesis dominante. Y es que, en cuestiones de ética, para saber lo que piensa la mayor parte del personal, basta con preguntárselo al enanito que nos adoctrina tan abnegadamente desde la tele.

En este caso, la tesis oficial parece ser la de elogiar la incoherencia; incluso la esquizofrenia. Lo que se lleva es denunciar con toda energía -al menos teóricamente- los casos de corrupción política, económica, etc., y, al mismo tiempo, pasar por alto o incluso aplaudir el desorden moral en el ámbito privado. No es que exista un razonable temor a sacar a la luz los íntimos trapos sucios del prójimo. Al contrario: esos trapos se airean más que nunca, pero para exhibirlos con orgullo y jalearlos como signos de autenticidad, de independencia de criterio, incluso de progresismo épico. (...)

Hace tiempo leí un artículo en el que se defendía, con verdadera pasión, la inmaculada honradez de un conocido político. Y, para probar su coherencia, su espíritu rebelde e inconformista (eso que se empeñan en calificar como honestidad), el piadoso apólogo relataba con pelos y señales la vida amorosa, turbulenta e irregular del jerarca en cuestión.

Entendámonos. Dejando de lado otras consideraciones morales, parece claro que cada divorcio, cada separación, es, por lo menos, un fracaso. Y un fracaso no común, sino de mucha importancia. Un naufragio matrimonial toca al centro mismo de la persona, y deja una huella profunda y difícil de curar. El sentido del amor, la dignidad de la sexualidad humana, la capacidad de comprometerse, la grandeza de la fidelidad, son valores tan importantes como quebradizos. Cualquier herida los altera. Y nada corrompe tanto y tan íntimamente como su pérdida.

Quiero decir, en definitiva, que un corrupto tipo estándar, antes de violar el séptimo mandamiento, lo más probable es que haya pisoteado el sexto (¡qué le vamos a hacer: así es la vida!). Y que la corrupción es, en principio, un problema personal antes que social; privado antes que público; íntimo antes que externo. Que, como dice el Evangelio, los frutos podridos suelen proceder de árboles podridos. Con parecida sabiduría, asegura el dicho popular que no se le pueden pedir peras al olmo.

En resumen: que para atajar la corrupción en la vida pública hacen falta leyes, reglamentos, controles y todo lo que ustedes quieran. Pero, antes de elegir a nadie para que custodie la caja de los dineros, sería útil, también, comprobar que se trata de una buena persona.

-¿Entonces, no es posible ser escrupulosamente honesto en la vida pública y, al mismo tiempo, un hedonista impenitente, un lujurioso sin freno o un vanidoso crónico en la intimidad?

-Pues qué quiere usted que le diga, joven. Cosas más raras se han visto, y yo no lo descartaría completamente; pero, por si acaso, no daré mi voto a un individuo así. Y es que la vida privada, en el fondo, es menos privada de lo que parece.

Enrique Monesterio

CONTRA LAS ANTIPATÍAS

En ocasiones nos caen antipáticas personas con o sin motivo. Podemos estar afligidos por estas indeseadas inquinas o espontáneas antipatías. Ellas provocan fácilmente ocasiones de malos pensamientos contra la caridad y malos sentimientos. Tres reglas nos pueden ayudar a superarlas.

1. Reza por la persona hacia la que sientas aversión o antipatía. Reza por el bienestar espiritual y temporal de esa persona.

2. No hables nunca contra dicha persona a menos que en conciencia estés obligado a hacerlo.

3. Tanto en presencia como en ausencia, de esa persona, habla bien de ella siempre que puedas hacerlo con sinceridad, por ejemplo repitiendo aprobatoriamente las cosas buenas que hayan sido dichas sobre ella.

Si queremos podemos encontrar puntos buenos en todos. Si seguimos estas reglas firmemente durante algún tiempo, una nueva actitud amistosa se creará en nuestro interior y un nuevo clima de benevolencia y buena voluntad se creará entre los dos y la aversión prácticamente desaparecerá o cuanto menos no nos molestará nunca más.

¿COMO SERÁ EL CIELO?

Mi abuelo era un hombre robusto, amable y cariñoso, sumamente excepcional. Tenía una gran devoción a la Virgen María, y cada vez que alguien mencionaba su nombre, se tocaba el sombrero en señal de respeto.

Pasó los últimos días sin poder moverse de la cama. Hacía meses que estaba impedido. Una mañana mi madre fue a cambiarle las sábanas y cuando comenzaba a retirarle suavemente la almohada, se dio cuenta de que había alguien en la puerta. Casi se quedó sin aliento al ver a dos personajes. Se trataba de unos viejos amigos de mi abuelo que hacía más de una década que habían fallecido.

-Anthony -le dijo el más alto de ellos.

Ante el asombro de mi madre, mi abuelo se incorporó lentamente en la cama. Abrió los ojos, forzó la mirada para ver a sus viejos amigos y un par de lágrimas le rodaron por las mejillas.

-No -dijo débilmente, moviendo la cabeza-. No. -Anthony - repitió su amigo-. Anthony.

Mi abuelo levantó un poco más la cabeza y de pronto se le iluminó el rostro con una paz extraordinaria. -Sí -le dijo entonces a su viejo amigo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Mi abuelo volvió a echarse y cerró los ojos. A los pocos momentos estaba muerto.

Hay algo de lo que estoy segura y es de que Anthony Francis está en el cielo. Sé que mucha gente cree que el cielo es una especie de vasto paisaje celestial, escasamente poblado por los ángeles, los santos y sólo un puñado de gente con los méritos necesarios para alcanzar la gloria. Pero a mí me parece mucho más plausible que en él residan muchos millones de almas, las de los niños no nacidos, las de quienes sufrieron y unieron su voluntad a la de Dios en el momento de la muerte, así como las de quienes lo hicieron en vida, y las de los fieles que estaban preparados para ver el rostro de Dios en el cielo, porque era el rostro al que tanto se parecían en la tierra. El objetivo de muchos de mis amigos católicos es el purgatorio porque piensan que el cielo está fuera de su alcance. No comparto en absoluto su actitud. Creo que todos tenemos la oportunidad de ir al cielo, como mi abuelo, para reunirnos no sólo con los ángeles y con los santos, sino con nuestros amigos y parientes en un lugar de incalculable bienaventuranza.

M. Angélica



LAS ALMAS SIGUEN VIVIENDO

Es desconcertante imaginar qué queda después de que muera el cuerpo. ¿Qué es eso invisible que vive eternamente, a lo que llamamos alma? ¿Cómo puede funcionar sin el cuerpo?

A mucha gente le resulta difícil asimilar la realidad del alma. Pero esta dificultad no afecta la posible existencia del alma. El obispo Sheen dijo en una ocasión que la verdad es la verdad, tanto si todo el mundo cree en ella como si nadie lo hace. Pero estamos dotados de un gran incentivo para comprender, ya que cuando asimilemos la relación del alma con el cuerpo entenderemos lo que nos ocurre cuando morimos.

La mayoría cometemos el error de imaginar el alma como una especie de órgano, igual que el corazón o el riñón, o como una especie de forma gaseosa que flota alrededor del cerebro. Esto es un gran error. Si concebimos el alma como algo físico unido al cuerpo, no podemos comenzar ni a imaginar la vida después de la muerte. Algo importante que debemos comprender es que el cuerpo y el alma son dos entidades distintas, y que el alma no necesita al cuerpo para existir. El alma se siente a gusto en el cuerpo, formando una unidad con el mismo y dándole vida, pero no forma parte de él.

E J. Sheed compara el alma a una llama y el cuerpo a una olla llena de agua. La energía procedente de la llama hace que el agua hierva, burbujee y silbe. La llama da vida a la olla de agua, al igual que el alma la da al cuerpo. Sin la llama, el agua permanecería en estado de reposo, aletargada. El agua necesita a la llama para cobrar vida, pero no ocurre otro tanto a la inversa. La llama tiene su propia vida, al igual que el alma, y sólo depende de Dios para su existencia.

Podremos controlar nuestro miedo a la muerte cuando comprendamos que nuestra alma, nuestra verdadera esencia, jamás morirá. En algún momento la olla de agua dejará de existir, pero la llama seguirá quemando hasta alcanzar un perfecto conocimiento de la bondad de Dios. Decimos que tenemos miedo de morir, pero nuestra muerte ha comenzado ya con nuestro nacimiento. Morimos paso a paso, mientras nuestra alma avanza por el tiempo en esta vida hacia la eternidad de la siguiente. Cada minuto de esta vida es un paso hacia la eternidad. Y si la eternidad es la del Reino de Dios, será una bienaventuranza de una dimensión tan extraordinaria, que nadie, ni siquiera los ángeles, serían capaces de describirla.